

CAPÍTULO XI

Cielo esencial y cielo local

53.—¡La felicidad! ¡Vivir la delicia jubilosa y el gozo totalmente satisfecho interior y exteriormente en el saber, en el poder, en el amar y en el poseer, con la seguridad perfecta de que jamás se perderá ni aun se disminuirá, es la ilusión más halagadora y más llena de luz y de esplendor que acaricia constantemente la fantasía y alegra el espíritu!

La esperanza de la fe me dice en voz callada, pero constante: Tendrás íntima y gozosísima amistad en trato confidencial y embelesador no sólo con las personas más nobles y agraciadas, ya gloriosas, sino con los mismos ángeles del cielo. Lo conocerás todo y lo poseerás todo y habrán desaparecido las incomprendiones, las emulaciones y las desconfianzas. Lo sabrás todo y todo estará a tu disposición.

Y sobre todo esto verás a Dios, conocerás a Dios y vivirás en Dios. La vida gloriosa y feliz de Dios

será tu misma vida. Nada desearás que no tengas. Nada podrás soñar que no esté a tu alcance. ¡Seré feliz!

La esperanza que tengo de ser feliz comprende todo esto. Pero todo esto, que puede ahora llenar mi ilusión, es menos que una penumbra ante la realidad del cielo glorioso que Dios me tiene preparado a mí y a todos los que unen su amor y su voluntad con el amor y la voluntad divina. Dios, que me ha creado para el cielo, para ser allí feliz en Él, quiere que yo quiera ir al cielo y me ha señalado el camino. Yo quiero ser feliz y espero serlo viviendo ahora su amor, que en el cielo será amor glorioso.

Dios me ha señalado a mí y a todos los hombres la felicidad como último fin, pero la ha dejado, en cierto modo, a voluntad de cada uno. Dios me ha dado un alma inmortal para que sea feliz perpetuamente, pero ha de quererlo el alma. Dios me ha creado para el cielo y el cielo es el mismo Dios y le veré y gozaré su felicidad en su mismo ser y en un lugar de gloria.

Dios, el mismo Dios infinito en toda perfección, es el cielo en quien yo viviré y gozaré y seré feliz. Dios es el cielo de Sí mismo y es el cielo de los bienaventurados; Dios es la felicidad infinita e increada, y Dios comunica la felicidad a los bienaventurados. Se la comunica en Sí mismo y en un lugar que llamamos cielo.

Porque el pobre discurrir del hombre piensa en el cielo glorioso de dos modos distintos. Piensa en la Felicidad infinita, en la Verdad, en la Hermosura y en el Bien infinito, y esta Hermosura y Felicidad es eterna y es increada; y se tiene y goza viendo a Dios infinito. La visión directa de la esencia de Dios y de sus perfecciones infinitas, llena de dicha y comunica la felicidad ya imperecedera. Los bienaventurados participan de la felicidad divina y de sus perfecciones. Son felices por participación. Como no podemos formarnos idea de Dios, tampoco podemos formarnos idea de esta dicha, de este gozo que se recibe con la vista de la Verdad y Hermosura infinita. La visión directa de la esencia de Dios es el cielo esencial. La visión de Dios basta para la felicidad. El bienaventurado participa de la misma vida de Dios y la vive en el mismo Dios.

El cielo es Dios y la felicidad es Dios; cielo y felicidad eternos e increados. Al participar mi alma de la felicidad y de la vida de Dios, seré feliz con la misma vida y felicidad de Dios, con vida y felicidad participadas. Dios es el cielo de Sí mismo y Dios será mi cielo. No necesito de nada más para ser totalmente feliz y glorioso, porque participo y vivo la perfección infinita, la gloria infinita y en el mismo Dios, que es en la misma gloria. Estoy lleno de Dios glorioso y glorificador.

Poseyendo a Dios gloriosamente por la visión de su esencia, veo y hago más por participación

o comunicación de Dios, la misma naturaleza de Dios ya gloriosa y todas las perfecciones divinas que son infinitas en número e infinitas en perfección, y todas forman una sola y suma perfección que las comprende todas.

Sólo Dios se comprende a Sí mismo todo total actual y simultáneamente. Ningún ángel, ningún bienaventurado puede jamás comprender a Dios total y simultáneamente y siempre. Ininterrumpidamente Dios estará siendo mi dicha y la dicha de los bienaventurados. Siempre y para siempre, sin fin, estarán los bienaventurados bebiendo esta su felicidad; empapados, saturados en esta infinita felicidad y hechos una misma cosa y una misma vida con la misma felicidad, que es Dios.

Dios me transformará y me hará verdad, bondad, hermosura y saber suyos; y podré y gozaré en su misma Omnipotencia y Sabiduría y en su amor infinito. Seré eternamente feliz en Dios, viviendo y gozando todas las cosas en Dios.

54.—Pero lo seré o lo será mi cuerpo glorioso en un lugar. Las almas no necesitan de lugar como no lo necesitan los ángeles. Están en Dios, pero gozarán de la vida y perfección y felicidad de Dios en un lugar. Ese lugar es el cielo local. Es, pues, el cielo local el lugar de la felicidad donde los bienaventurados la viven viendo a Dios.

La capacidad natural del hombre, mientras vive en la tierra, no puede formarse idea de ese cielo ni puede nadie concebir siquiera los gozos y grandezas que Dios tiene preparados para los bienaventurados en el cielo.

El cielo local es un lugar material creado por Dios. El cielo local no es una ciudad ni un recinto cerrado. El cielo local no es un palacio, un jardín o algo que se parezca a las bellezas o paisajes de la tierra.

El cielo local es un lugar material-sobrenatural que Dios ha creado para que vivan su felicidad los bienaventurados, con unas bellezas y maravillas como de Dios para premio de sus amados. No puede la inteligencia formarse ni remota idea de su encanto y delicia. ¡Es la maravilla de las maravillas materiales de Dios; es lo insoñable, lo insospechado! ¡Es lugar sobrenatural!

Nos dice la revelación que Dios tiene preparados cielos nuevos y tierra nueva¹ para los bienaventurados. Cielos nuevos y tierra nueva que encierran todas las perfecciones de la tierra y ninguna de sus imperfecciones; tienen todas sus perfecciones de un modo más levantado y perfecto y otras innumerables perfecciones que sólo Dios conoce y puede hacer. A Dios no le falta ni saber, ni poder ni querer para hacer la insospechable maravilla y delicia del

1. *II carta de San Pedro*, 3, 13; *Apocalipsis*, 21, 1.

cielo para premiar con la grandeza y prodigalidad de Dios, y producir la perpetua admiración de las inteligencias angélicas y humanas.

El cielo es el cielo. El cielo es sobrenatural. En el cielo estarán los ángeles y los bienaventurados gozando la felicidad de Dios. Los ángeles y los bienaventurados están en Dios y viven en Dios la misma vida y felicidad de Dios. Los cuerpos gloriosos ocupan lugar y estarán en el cielo local, pero también están en Dios.

En el cielo creado, los bienaventurados verán a Dios directamente en su esencia, conocerán sus infinitas perfecciones y gozarán la felicidad en las delicias y goces insoñables que tiene preparados a cada uno en proporción del amor, de la gracia y de las virtudes que tenía su alma cuando se separó del cuerpo para ir a Dios. Según sea la intensidad de la gracia y el tesoro de las virtudes, será la intensidad de la felicidad que reciba el alma por la alteza de la vida, de la sabiduría, del poder y del amor que Dios la comunicará de Sí mismo y de sus atributos, y será también la delicia y belleza del cuerpo.

Los bienaventurados están en el lugar del cielo y en el cielo tienen su felicidad completa según queda explicado. Pero el lugar no es la felicidad ni son felices porque están en el lugar. El cielo es un ser material sobrenatural creado por Dios. El cielo, por ser material, es insensible. Nos maravillamos de lo admirable de los inventos que están haciendo los

hombres y sabemos que todos esos inventos son como nada ante lo que Dios tiene preparado en el cielo. El cielo local es material, pero es sobrenatural y supera todo ensueño natural.

55.—Pero el cielo natural no es la felicidad, es sólo como complemento, el lugar. La felicidad es vida, y vida feliz; y es vivir la vida misma de Dios. Dios es la felicidad. Dios es la vida feliz y eterna. El bienaventurado es feliz en el cielo porque vive gloriosamente en Dios; está lleno de la gloria de Dios. Ve a Dios, conoce a Dios y goza a Dios en el cielo viviendo en Dios y la misma vida de Dios. En Dios no hay sombra ni deficiencia alguna. En Dios no hay ignorancia, ni impotencia ni tristeza. En Dios todo es Vida y perfección y gozo, altísimo gozo, con el cual no se pueden comparar los gozos conocidos en la tierra, ni podría resistir el cuerpo tanta dicha.

Dios es todo exaltación infinita de júbilo y de perfección y de luz espiritual, que llena el alma, y por extensión el cuerpo del bienaventurado, por dentro y por fuera, impregnándole, empapándole, saturándole. El bienaventurado vive ya la vida gloriosa de Dios en el mismo Dios. Dios es el cielo.

Cuando se prescinde de las hermosuras y preciosidades y tratos amenísimos que se tendrán con los demás bienaventurados y ángeles en el lugar del cielo, piensan algunos que el cielo resultaría monótono y cansado. Pero la felicidad y gozo indeficiente

no está sólo en eso, sino sobre eso, porque es ver a Dios y vivir en Dios y gozar el gozo de Dios en Dios, y en Dios se ven y se gozan todos los bienes y todos los gozos.

Este cielo local, material, sobrenatural, glorioso, es lo que cautiva nuestra ilusión y atrae el corazón mientras vivimos en la tierra; porque de este cielo material parece podemos formarnos alguna idea, aunque imprecisa, y deleitar la imaginación con sus armonías y bellezas subyugadoras, aun cuando no puedan tener comparación con su maravillosa belleza, pero halaga los sentidos y dulcísimamente recrea nuestra fantasía. Y de Dios infinito en todo bien no podemos formarnos idea alguna concreta si Dios no da una especialísima luz. Dios es el infinito bien, el Ser simplicísimo; es sobre todo cuanto se puede pensar ni soñar. Es la Sabiduría, y la Hermosura y el Poder inefable; es el infinito, el infinito, el sin límites en todo bien. Dios trasciende todo saber, y todo entender y toda fantasía. Los santos que recibieron esa luz especialísima de conocimiento de Dios no sabían expresarla de otra manera que por admiración y gozo, y caían en arrobos y éxtasis. San Pablo nos dijo después de recibir esa luz: *Que oyó palabras inefables que no es lícito o posible a un hombre el proferirlas o explicarlas*². Santa Teresa de

2. San Pablo: *II a los Corintios*, 12, 4.

Jesús dice que produce tal *deleite tan sobre cuanto acá se puede entender, que bien con razón hace aborrecer los deleites de la vida, que son basura todos juntos. Es asco traerlos a ninguna comparación*³. Santa Ángela de Foligno vio que ni ángeles ni jerarquías ni nada se puede comparar con ese bien, porque éstas son parte de belleza; en Dios vio junto todo el Bien y *me encontraba tan llena de divina luz que con gozo muy grande vi en la Omnipotencia de Dios y en su voluntad... el completo conocimiento de todas las criaturas*⁴; todo lo vio en la oscuridad de Dios.

San Pablo no sabe si le comunicaron esas soberanas verdades estando el alma en el cuerpo o fuera del cuerpo. Las almas santas sienten como la Hermana Margarita: *Me pareció me subió al cielo, me dio a gustar sus delicias... Me obligaba a decir: basta, Señor, no puedo más o dadme más grande corazón*⁵.

Por la fe sabemos lo que de niños aprendimos en el catecismo: *La gloria es un estado perfectísimo en el cual se hallan todos los bienes sin experimentarse mal alguno*. El cielo es el lugar donde se disfruta la felicidad de Dios.

3. Santa Teresa de Jesús: *Vida*, 27, 12.

4. Santa Ángela de Foligno: *Le livre de la Bienheureuse Ángela de Foligno, du Tiers Ordre de S. François. Documents originaux edités et traduits par le Pere Paul Doncoeur*, páginas 118-119, VI. *Cy commence du quatrieme pas ou de revelation d'humillation*.

5. Hermana Margarita del Espíritu Santo: *Manuscritos*.

56.—Creo que el bienaventurado goza en el cielo la felicidad perfecta, que encierra todos los bienes y es un lugar insoñable de delicia. Creo, Dios mío, que eres Tú, es la visión de tu esencia y tu posesión gozosa, la felicidad perfecta e infinita. Espero gozarte en Ti mismo, cielo esencial, y en el lugar de la delicia que has creado y es el cielo local, como complemento de Ti mismo.

El cielo es vivir tu misma vida participada, y vivirla en Ti mismo; ésa es la felicidad. Tú eres la felicidad. El verte a Ti, conocerte y poseerte es el sumo gozo y encierra todos los gozos. El cuerpo glorioso tendrá por morada de dicha el cielo local, el lugar creado con toda la magnificencia y esplendor. Te darás Tú mismo al bienaventurado en premio en el lugar de la dicha.

Quiero hacer resaltar bien esta verdad. El cielo no es un palacio riquísimo ni un jardín bellissimo de eterna primavera donde se recrea el bienaventurado. El cielo es mucho más que eso y sobre todo eso. El lugar del cielo es la claridad, sutilísima, purísima, sobrenatural, difundida por la inmensidad; toda es hermosura, y encierra todos los bienes; es donde se recrea y goza el bienaventurado, donde moran y se comunican todos como en íntima familia y tienen todos los bienes y todos los conocimientos y todas las bellezas, según el deseo de cada uno. Dios los ha puesto a su disposición y alcance. Están y viven en Dios y están y viven en el cielo. Los bienaventura-

dos, como los ángeles, ni quieren ni pueden salir del cielo, porque el cielo esencial es Dios y el cielo local es el lugar de la felicidad en la claridad y en la hermosura de la inmensidad. No pueden dejar de querer estar en la felicidad.

Desde el momento en que Dios comunica al espíritu la luz de gloria para la visión de su esencia toma posesión de Dios participando de su naturaleza, de su vida, de su gozo, de su misma felicidad, y establece su morada en el cielo, es bienaventurado, lleno de dicha, lleno de gloria de Dios y de sus perfecciones. Queda el bienaventurado en la felicidad, vida y dicha de Dios más que está el leño hecho fuego en el fuego, que la molécula de gas en la lámpara fluorescente encendida, que el átomo en el sol hecho fuego y luz. Dios le ha divinizado.

Buscan los hombres gratas complacencias y expansiones en las conversaciones amenas con los demás. ¿Dónde habrá delicia mayor que el trato con los ángeles, viviendo y pensando en Dios y hablando de sus perfecciones y de la felicidad sobrenatural? Cuando algunos santos recibieron estas mercedes, ¡qué delicia sintieron y qué rápido se les pasaba el tiempo que dedicaban a Dios en la oración! ¡Qué sublimidades les mostró muchas veces el Señor! La fe viva que tenían y fomentaban, y las muy especiales luces que Dios había puesto en sus almas durante los largos tiempos que dedicaban a estar con Él, les infundían conocimientos y

sentimientos muy superiores a los que puede dar la ciencia.

El solo recuerdo de Dios o del cielo arrebatava a muchos de tal modo que perdían el uso de los sentidos y quedaban en éxtasis como ya recordé de Fray Gil, franciscano primitivo, que quedaba arrobado al solo oír la palabra Paraíso, y San Miguel de los Santos quedó cuando paseaba en la huerta al solo oír mencionar a un amigo cuáles serían las delicias y goces del cielo. Y la historia del Beato Nicolás Factor narra que al salir a la calle advertía no le nombraran la palabra Dios, porque temía quedarse arrobado, y Santa Catalina de Siena y aún más la Hermana Margarita del Santísimo Sacramento, cuando no hablaban de Dios, ni se enteraban ni podían atender a la conversación; como se daba en los nudillos San Juan de la Cruz para que el dolor le hiciera atender, porque ya no estaba para estas externas conversaciones, y cuando hablando de Dios con Santa Teresa quedaron los dos en éxtasis, la Santa daba por explicación que con Fray Juan de la Cruz no se podía hablar de Dios, porque se trasponía y hacía trasponer, y traspuesto se fue de un vuelo desde la huerta al sagrario San Pedro de Alcántara.

La grandeza de Dios, la hermosura y lo maravilloso de Dios llenaba tan colmadamente su alma de amor divino, que los sentidos no podían soportar regalo y goce tan intenso y el alma se levantaba con el cuerpo hacia Dios.

Un hecho, que parece de leyenda por su encanto, leemos del Beato Juan Grande. Iba el beato caminando con el Padre Juan Figueroa y conversando de materias espirituales, de Dios y del cielo. El beato se encendió con tan hermosas verdades y, sintiéndose inflamado y ya sin dominio de sí mismo, le dice al Padre Figueroa: *¿Es posible que haya en el mundo quien pueda sufrir a Dios?* Extrañado el padre con esta frase, que él consideraba menos espiritual, le responde: *Jesús, hermano, ¿eso dice? ¿Y quién habrá que no pueda sufrir a Dios?* Y el Beato Juan, todo abrasado en amor de Dios, le dice: *Yo no le puedo sufrir;* y apenas pronunció estas palabras perdió los sentidos y quedó en éxtasis en el mismo camino desde las doce hasta las tres de la tarde⁶.

Dios, aun en este mundo, hacía y hace en las almas totalmente entregadas tales asonadas de amor y enciende tales llamaradas de amor y tan regaladas que se hacen irresistibles, y abrazan tan amorosamente el pecho

que a vida eterna sabe
y toda deuda paga.
Matando, muerte en vida la has trocado
.....

Y en tu aspirar sabroso
de bien y gloria lleno,
¡cuán delicadamente me enamoras!

6. Isabel Flores de Lemus: *Año Cristiano Ibero Americano*, 3 de julio.

Estas almas arrebatadas de la divina hermosura y de la atracción del amor le dicen a Dios, como leemos de muchas: «Si esto nos das y haces gozar ahora en la tierra, ¿qué dejarás para el cielo? ¿Y qué tendrás preparado en el cielo?» Y le piden la muerte a gritos por intercesión de la Virgen y de los santos, como Santa Ángela de Foligno, y le dicen, con el mismo San Juan de la Cruz:

Descubre tu presencia
y máteme tu vista y hermosura;
mira que la dolencia
de amor, que no se cura
sino con la presencia y la figura⁷.

El cielo esencial, que llena de toda felicidad y de toda dicha y sacia todos los deseos que pueda el alma tener, es Dios, la visión de Dios; la fruición de la posesión gloriosa del mismo Dios infinito, comunicando en gloria la participación de sus perfecciones y de su misma vida y de su misma gloria y felicidad. La felicidad, el cielo, la dicha, es el mismo Dios. Los bienaventurados y los ángeles están en el mismo Dios. Dios está en todos totalmente y en cada uno como si sólo fuera para él, y todos están bebiendo dicha de Dios y empapados en Dios, diáfanos en su claridad, admirando y alabando a Dios en exaltación de júbilo.

7. San Juan de la Cruz: *Poesías*.

Y veremos y gozaremos de Dios y la felicidad en un lugar de maravilla en el cielo local. No es necesario el lugar para la felicidad. El cielo local es material-sobrenatural. No nos lo podemos imaginar. Nadie en la tierra lo ha visto. Intentemos formarnos idea del cielo.

CAPÍTULO XII

La Biblia describe el cielo

57.—¡El cielo! ¡La felicidad para siempre! ¡La luz indeficiente y suavísima que todo lo embellece con hechizador encanto! ¡La dulcísima armonía que transporta las almas en delicia! Porque el cielo es la cosa material más bella y fantástica, más perfecta y cautivadora criada por Dios. Dios ha hecho el cielo con el mayor esplendor y la magnificencia más insoñable, como el lugar donde quiere premiar a sus ángeles y a sus bienaventurados con el banquete continuo de la más jubilosa felicidad. El cielo es el resplandor indeficiente de la luz increada, donde Dios llena de su dicha y gozo perpetuo, siempre renovado, a los espíritus gloriosos.

¿Cómo podré yo, Dios mío, pobre de mí, figurarme o expresar algo del cielo que Tú me has preparado y enriquecido con belleza que en nada se parece a esta de la tierra que ven ahora mis ojos?

¿Qué podrá decir ningún mortal y menos este pobre hijo tuyo, de lo que nadie ha visto ni puede imaginar?

Porque no hay imagen que tenga algún parecido ni palabra para comunicarlo; porque ningún hombre en la tierra lo ha visto ni lo puede ver. ¿Qué me atreveré a decir yo de lo que no es obra de hombre, sino de sólo Dios, y belleza sobrenatural para mostrar su magnificencia, y cómo sabe y quiere premiar a sus amados? El cielo excede en riqueza, y hermosura y armonías, como en delicias y alegrías y júbilo, a cuanto se puede decir o pueda sonar y pensar la inteligencia más penetrante o la fantasía más creadora. ¿Qué será la morada del cielo?

Porque el cielo esencial y el premio y deleite infinito es el mismo Dios, infinito en hermosura y en bondad y en todo bien, y poder y creador de todos los seres, y el que ha dado a todos las leyes y propiedades que tienen. En comparación con Dios, la morada o lugar del cielo, aunque sobrenatural, es fealdad y oscuridad. La morada o lugar del cielo sin la presencia y vida de Dios sería relativamente triste, estaría como vacío y muerto. Un palacio deshabitado está muerto y triste. La alegría de un palacio o de un jardín tan ornamentado y ameno como se quiera no está ni en el ornamento ni en la amenidad, está en la vida y en la amable convivencia. El jardín más ameno, en soledad, sin la convivencia de Dios y de los hombres, se hace al poco tiempo insopor-

table. En la abundancia y belleza del paraíso estaban Adán y Eva y no se satisficieron con lo que tenían.

La morada del cielo, con toda su maravillosa magnificencia, es inferior al ángel y al alma, porque es material, y lo material es muy inferior a lo espiritual y a la vida. Dios ha hecho el cielo para los bienaventurados y para la convivencia y felicidad de las almas buenas que le amaron en la tierra.

Pero la vida del cielo, y sobre la convivencia con todos los ángeles y bienaventurados, es vivir en el mismo Dios infinito, en la hermosura de la Bondad y en el gozo de la Verdad. La vida del cielo y su convivencia es Dios infinito y Amor glorioso. Como sin la luz de gloria no se puede comprender a Dios ni se puede decir lo que es, sino que es infinito, tampoco se puede comprender lo que es el cielo ni se puede expresar lo que es.

Dios es el que es, el que existe por Sí mismo necesariamente, el que tiene todas las perfecciones de modo infinito, el Creador de todo lo que tiene existencia y nada puede existir si Dios no da la existencia y la conserva. Dios es el cielo y la felicidad de Sí mismo; no necesita lugar porque es espíritu, ni necesita compañía, porque es la misma felicidad. Crea para comunicar bondad, no porque necesite de nadie. Ha creado también el cielo local para morada donde vivan y sean felices sus ángeles y bienaventurados. La creación de la maravillosa magnificencia del lugar del cielo es para manifestación de

su omnipotente generosidad en premiar y para admiración de todos los espíritus gloriosos, como lo es la inmensidad de los mundos siderales. Dios no los necesita. Ahora los hombres no los conocemos. Los conoceremos y admiraremos en el cielo, y llenos de admiración y gozo alabaremos a Dios en la inmensidad de la creación. Dios es el cielo verdadero, y la vida feliz y la exaltación de gozo de los bienaventurados.

58.—¿Me atreveré yo, Dios mío omnipotente, a hablar del cielo? ¿No me atreveré a hablar de tu más maravillosa obra material para alabarte y amarte más? ¿No te agradará, Dios mío, que procure pensar, y soñar, y hablar y llenar todas mis potencias de lo más hermoso que has hecho para regalo mío y de tus escogidos, como es el cielo? Y hablar del cielo es hablar de Ti y alabarte; es amarte a Ti y pedirte me des el cielo, y me unas a Ti y me hagas donación de Ti mismo.

Si los ángeles y los bienaventurados nada pueden ver ni pensar de mayor belleza que el cielo y el Creador del cielo, y en eso está su dicha y su jubilosa alegría, también gozará el alma mía levantando la mirada para admirar tanta hermosura y para recrearme y animarme con la vida de gozo que me tienes preparada con tanto amor y yo deseo con tanta ilusión. Quiero, Dios mío, pensar en el cielo y hablar del cielo, y hablar de Ti, en quien viviré feliz para

siempre. Para hablar del cielo me era necesario haber visto el cielo o algo que me diera idea del cielo, y nadie en la tierra lo ha visto, y los que vieron como un atisbo fugaz de reflejo de la luz del cielo se vieron llenos de admiración, pero incapaces de saberlo expresar. Pero me determinaré yo a hablar del cielo, porque sé que a Ti te agrada y hace bien a mi alma, y me valdré de lo que me enseña la fe, por tu revelación y de lo que esas almas santas dijeron.

Tener visiones del cielo y de sus gozos, como tenerlas del mismo Dios, es lo más agradable y hermoso que en la tierra se puede ver y sentir. Los que las tuvieron y sintieron sus gozos, no estuvieron en el cielo ni vieron a Dios. Nadie ha visto a Dios viviendo en la tierra. Dios comunicó a esas almas o las enseñó, no la realidad del cielo, sino, en visión, una luz, un conocimiento muy especial sobrenatural del ser de Dios o del cielo según lo que quería enseñarlos y para alentarlos a más perfección y mayores trabajos. Las visiones del cielo no son la realidad del cielo o de Dios, ni aun la sombra de esa infinita verdad. Aun cuando vean como Santa Ángela de Foligno dice: *que no ve nada y que ve absolutamente todo... y se deleita en todo bien... , pero lo veía en la tiniebla u oscuridad, que sobrepasa todo bien*¹. Es el

1. Santa Ángela de Foligno: *Le livre de la Bienheureuse Soeur Ángela de Foligno, du Tiers Ordre de S. François. Documents originaux edités et traduits par le Pere Paul Doncouer. IX. Cy commence du septieme pas.*

lenguaje misterioso de los místicos, *porque es imposible expresen los labios lo que vieron y sintieron*. De modo muy semejante escribe Santa Teresa: *Entendí estar allí todo junto lo que se puede desear y no vi nada...; lo que podía allí hacer era entender... y mirar lo nonada que era todo en comparación de aquello*². Esto se lo ha comunicado el Señor a algunos santos, no a los teólogos como teólogos, si no son santos.

En mi pobre entender, nadie, ni santo alguno, ha estado ni visto realmente el cielo, aun cuando Dios ha regalado a algunos con visiones y luces especiales y maravillas inexplicables y dichosas del cielo. El que entra en el cielo no vuelve a vivir a la tierra. Si solamente recibir esas ideas o ver a manera de un calidoscopio, diría yo, esas hermosuras y esos premios de dicha que Dios tiene preparados para dar en el cielo absorbía en los santos sus sentidos hasta producir el éxtasis y les encendía tanto en deseo de morir para estar ya en Dios glorioso, si hubieran llegado a estar en el cielo y visto a Dios, no hubieran podido continuar viviendo en la tierra sin especial milagro. Han recibido solamente un altísimo conocimiento de Dios y de sus perfecciones y de algunas maravillas del cielo. Dios anticipadamente se lo ha comunicado, y les quedó imborrable en su espíritu y vivían suspirando por aquella belleza.

2. Santa Teresa de Jesús: *Vida*, 39, 22.

59.—¡El cielo! ¡El cielo glorioso! Los poetas cristianos han soñado en él, y apenas si se han atrevido a cantarle, menos a describirle; cuando han intentado decirnos algo de cómo es, tan sólo han tomado las imágenes de la Biblia. Hacerlo por su cuenta lo consideraban como una profanación. Pero ¿dónde mejor que en esto podían emplear su inspiración? ¿O en qué podían soñar con mayor ilusión? ¿No estaba constantemente en el cielo el corazón de los místicos? ¿No nos dice San Pablo que estén en el cielo nuestras conversaciones? Magnífico asunto para almas angélicas.

Fray Luis de León cantó la hermosura soñadora del cielo y su vida de sobrenatural amor y delicia en síntesis de luz con versos de suprema delicadeza lírica. No intentó describirle; sabía que intentar describir el cielo es desfigurar y rebajar y afear su hermosura; es verlo a lo humano y terreno, y el cielo es sobrenatural.

Cuando de la belleza del cielo estelar, expresada en bellísimas estrofas, levanta la consideración a la celestial hermosura de la morada gloriosa de los bienaventurados, el ánimo se estremece de admiración y gozo, en una atmósfera de luz, de paz, de grandeza. ¿Como no recordarlas y soñar con ellas en lo que tanto desea el alma y espera ver y conocer en Dios, expresado con hondura de pensamiento y galanura dulcísima de belleza en la fantasía y en la

dicción? Se perciben ecos de la Armonía Primera en ondas de luz eterna.

Cuando contemplo el cielo
de innumerables luces adornado,
y miro hacia el suelo
de noche rodeado,
en sueño y en olvido sepultado.

El amor y la pena
despiertan en mi pecho una ansia ardiente;
despiden larga vena
los ojos hechos fuente;
la lengua dice al fin, con voz doliente:

Morada de grandeza,
templo de claridad y hermosura,
mi alma que a tu alteza
nació, ¿qué desventura
la tiene en esta cárcel baja, oscura?

¿Qué mortal desatino
de la verdad aleja así el sentido,
que tu bien divino
olvidado, perdido,
sigue la vana sombra, el bien fingido?

.....

¿Quién es el que esto mira
y precia la bajeza de la tierra,
y no gime y suspira
por romper lo que encierra
el alma y de estos bienes la destierra?

Aquí vive el contento,
aquí reina la paz; aquí asentado
en rico y alto asiento

está el amor sagrado
de honra y de deleites rodeado.

Inmensa hermosura
aquí se muestra toda; y resplandece
clarísima luz pura,
que jamás anochece;
eterna primavera aquí florece³.

.....

¿Cuándo será que pueda,
libre de esta prisión, volar al cielo,
Felipe, y en la rueda
que huye más del suelo,
contemplar la verdad pura sin velo?

Allí a mi Vida junto
en luz resplandeciente convertido,
veré distinto y junto
lo que es y lo que ha sido,
y su principio propio y escondido.

.....

Veré sin movimiento
en la más alta esfera las moradas
del gozo y del contento,
de oro y luz labradas,
de espíritus dichosos habitadas⁴.

.....

Alma, región luciente,
prado de bienandanza, que ni al hielo
ni con el rayo ardiente

3. Fray Luis de León: *Noche serena*.

4. Fray Luis de León: *A Felipe Ruiz*.

falleces, fértil suelo
 productor eterno de consuelo.

¡Oh son, oh voz!, siquiera
 pequeña parte alguna descendiese
 en mi sentido, y fuera
 de sí el alma pusiese
 y toda en ti, ¡oh amor!, la convirtiese⁵.

¡Oh desmayo dichoso!
 ¡Oh muerte, que das vida! ¡Oh dulce olvido!
 ¡Durase en tu reposo
 sin ser restituido
 jamás a aqúeste bajo y vil sentido!⁶.

¡Oh cielo glorioso! ¡Oh Patria feliz prometida y
 ansiada! ¿Cuándo tendré el contento de verte y vivir
 para siempre en la luz de tu alegría? ¡Oh ciudadanos
 dichosos, que ya sois bienaventurados viviendo en
 el gozo y en la hermosura de Dios y su misma vida!
 ¿Cuándo me será dado ver la delicia y el júbilo de
 vuestras almas? ¿Cuándo conoceré y gustaré el dul-
 císimo encanto de vuestros pensamientos y amores?

60.—¿A quién acudiré que me diga algo de la
 felicidad y hermosura del cielo? Vosotros, los ya

5. Id., id.: *Morada del cielo*.

6. Id., id.: *A Francisco Salinas*.

gloriosos a quienes viviendo aún en la tierra os mostró Dios algunos reflejos de luz del cielo y alguna sensación corporea de sus gozos, ¿qué me dejasteis escrito del cielo, o qué me decís ahora? Oiga yo de vosotros el conocimiento que Dios puso amoroso en vuestras inteligencias y no está escrito en los libros de los sabios. Llenadme de vuestra luz de cielo. ¿Podré tener alguna noción de la belleza de cielo y de Dios?

Los orientales o asiáticos describían con deslumbrantes alegorías bellezas e inmensidades que no caben en el entendimiento. ¿Me dirán algo los orientales de esta belleza, de esta inmensidad suprema de toda la creación material? Isaías es el profeta de las grandes imágenes. «¿Me sabrás decir, ¡oh gran profeta!, algo del cielo?» Y humilde y maravillado, me contesta: *Desde que el mundo es mundo, jamás nadie ha entendido, ni ninguna oreja oído, ni ha visto ojo alguno, sino Tú, ¡oh Dios!, las cosas que tienes preparadas para aquellos que te están aguardando*⁷. San Pablo, después de la alta revelación que Dios le comunicó, no supo más que repetir estas palabras de Isaías.

—Pero ¿no me podrás decir nada más del cielo, oh gran profeta?

Y recordando en su imaginación el fastuoso esplendor de los reyes de Babilonia, me vuelve a contestar, asombrado de la grandeza de Dios en la

7. Isaías, 63, 4.

majestad y en lo insospechable del cielo: *Vi al Señor sentado en un solio excelso y elevado, y las franjas de sus vestidos llenaban el templo. Alrededor del solio estaban los Serafines; cada uno de ellos tenía seis alas; con dos cubrían su rostro, y con dos cubrían los pies, y con dos volaban. Y con voz esforzada cantaban a coros, diciendo: «Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios de los ejércitos; llena está toda la tierra de su gloria». Y estremeciéronse los dinteles y quicios de las puertas a la voz del que cantaba⁸.*

Grandiosa imagen alegórica de la majestad y poder de Dios y de la magnificencia y fastuosidad del cielo, alegoría que conservará y agrandará San Juan en el *Apocalipsis*. Pero es sólo una fastuosa alegoría. Porque ni Dios tiene figura, ni trono, ni vestido, ni los ángeles tienen alas ni gargantas para cantar y menos esforzadamente, ni el cielo es un templo ni salón de un palacio. Con algo grandioso hay que intentar reflejar el esplendor y la inmensidad insoñable, y acude la fantasía en ayuda de la inteligencia con las alegorías de lo más excelso y majestuoso conocido en la tierra. Es, a mi pobre modo de entender, el medio más apto para que, unidas la fantasía y la inteligencia en la mayor claridad, formen el concepto más noble y encumbrado de Dios y de su obra, el cielo, como la más arrebatadora hermosura, bondad, sabiduría y omnipotencia. Dios, dirá mi

8. Id., 6, 15.

alma asombrada de tan maravillosa pero tan inabarcable grandiosidad, Dios es el infinito, el infinito, el infinito, y el cielo es la creación material más maravillosa e inmensa de la Omnipotencia.

61.—Pregunto al Águila de los Evangelistas: «Tú, que viste en Patmos, por revelación muy especial de Dios, los futuros acontecimientos de los siglos y el final de los tiempos y del mundo, ¿me sabrás decir cómo es el cielo y la vida de los bienaventurados en Dios? ¡Oh, con qué vehemencia deseo saberlo! ¿Cómo es el cielo, en que yo tanto sueño?».

Y el Apóstol, que bebió sabiduría y amor sobre el pecho de Jesús, mira al cielo con mirada de éxtasis glorioso, y sus labios sonrientes me dicen: *He aquí que en un éxtasis vi una puerta abierta en el cielo... Y vi un solio colocado en el cielo, y un personaje colocado en el solio... Y entorno del solio, un arco iris del color de esmeralda. Y alrededor del solio, veinticuatro sillas y veinticuatro ancianos, sentados, revestidos de ropas blancas, con coronas de oro en sus cabezas. Y del solio salían relámpagos y voces y truenos, y siete lámparas estaban ardiendo delante del solio, que son los siete espíritus de Dios.*

Y enfrente del solio había como un mar transparente de vidrio, semejante al cristal; y en medio del espacio en que estaba el trono y alrededor de él, cuatro animales llenos de ojos delante y detrás... Cada uno de los cuatro animales tenía seis alas; y por fuera de las alas y por

adentro estaban llenos de ojos; y no reposaban de día ni de noche, diciendo: «Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios todopoderoso, el cual era, el cual es y el cual ha de venir». Y mientras aquellos animales tributaban gloria, y honor, y bendición, y acción de gracias al que estaba sentado en el trono, que vive por los siglos de los siglos, los veinticuatro ancianos se postraban delante del que estaba sentado en el trono, y adoraban al que vive por los siglos de los siglos, y ponían sus coronas ante el trono, y diciendo: «Digno eres, ¡oh Señor Dios nuestro!, de recibir la gloria y el honor y el poderío; porque Tú criaste todas las cosas, y por tu querer subsisten y fueron criadas»⁹.

Me hace ver el Evangelista la impresionante majestad y grandeza de Dios. Pero Dios no es eso, ni el cielo es eso. Dios es espíritu, y los ángeles son espíritus, y los ancianos no tienen cuerpo hasta la resurrección de los muertos. En el cielo no hay ancianos ni niños. Los bienaventurados están en edad perfecta. Ni los ángeles tienen alas, ni ojos, ni voz, ni Dios necesita trono. Él, su amabilísima grandeza, es su propio trono. Es una alegoría llena de colorido, pero cuanto más detalles da, por hermosos que sean, más se aparta de la realidad infinita de Dios, que es el infinito, todo junto y detallado, y más se aleja de la convivencia y amorosísima hermandad y alegría de los ángeles y de los bienaventurados.

9. *Apocalipsis*, 4, 2-11.

Dios no es eso; es inmensamente más que eso en la bondad, en el poder, en la hermosura y paternal delicia. Dios es Padre feliz de infinito amor que se da a todos.

Admirable alegoría para procurar dar idea de la infinita riqueza y soberano poder de Dios.

62.—Es también descripción alegórica, fantástica, la que nos da de la Jerusalén celestial o del cielo, queriendo expresar en todo cuanto dice la felicidad y abundancia, y la alegría y paz de dicha que allí hay. Así escribe:

Y vi un cielo nuevo y tierra nueva... Vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, descender del cielo por la mano de Dios, compuesta como una novia engalanada pare su esposo. Y oí una voz grande que venía del trono y decía: Ved aquí el tabernáculo de Dios entre los hombres, y el Señor morará en ellos. Y ellos serán su pueblo, y el mismo Dios habitando en medio de ellos será su Dios. Y Dios enjugará de sus ojos todas las lágrimas; ni habrá ya muertos, ni llanto, ni alarido, ni habrá más dolor, porque las cosas de antes son pasadas.

Y dijo el que estaba sentado en el solio: He aquí que renuevo todas las cosas. Y díjome a mí: Escribe, porque todas estas palabras son dignas de fe y verdaderas. Y díjome: Esto es hecho.

...Vino después un ángel... y habló conmigo, diciendo: Ven y te mostraré la esposa novia del Cordero. Con esto me llevó a un monte grande y encumbrado, y mos-

tróme la ciudad santa de Jerusalén, que descendía del cielo y venía de Dios, la cual tenía la claridad de Dios, cuya luz era semejante a una piedra preciosa, a piedra de jaspé transparente como el cristal.

Y tenía un muro grande y alto con doce puertas; y en las puertas, doce ángeles y nombres esculpidos... Tres puertas al Oriente, y tres puertas al Norte; tres puertas al Mediodía, y otras tres al Poniente. Y el muro de la ciudad tenía doce cimientos, y en ellos los doce nombres de los doce Apóstoles del Cordero...

Es de advertir que la ciudad es cuadrada, y tan larga como ancha. Midió, pues, la ciudad con la caña de oro, y tenía doce mil estadios de circuito, siendo iguales su longitud, altura y latitud. Midió también la muralla, y hallóla de ciento y cuarenta y cuatro codos de alto, medida de hombre, que ere también la del ángel.

El material de este muro era de piedra jaspé, más la ciudad era de un oro puro tan transparente, que se parecía a un vidrio o cristal sin mota.

Y los fundamentos del muro de la ciudad estaban adornados con toda suerte de piedras preciosas. El primer fundamento era de jaspé. El segundo, de zafiro. El tercero, de calcedonia o rubí. El cuarto, de esmeralda. El quinto, de sardónica. El sexto, de sardio. El séptimo, de crisólito. El octavo, de berilo. El nono, de topacio. El décimo, de crisópraso o lapizlázuli. El undécimo, de jacinto. El duodécimo, de amatista.

Y las doce puertas son doce perlas; y cada puerta estaba hecha de una de estas perlas.

Y el pavimento de la ciudad, oro puro y transparente como el cristal.

Y yo no vi templo en ella; por cuanto el Señor Dios omnipotente es su templo, con el Cordero.

Y la ciudad no necesita sol ni luna que alumbren en ella; porque la claridad de Dios la tiene iluminada y su lumbrera es el Cordero. Y a la luz de ella andarán las gentes. Y los reyes de la tierra llevarán a ella su gloria y majestad. Y sus puertas no se cerrarán al fin de cada día, porque no habrá allí noche. Y en ella se introducirá y vendrá a parar la honra y la gloria de las naciones.

No entrará en esta ciudad cosa sucia o contaminada, ni quien comete abominación o falsedad, sino solamente los que se hallan escritos en el libro de la vida del Cordero.

Mostróme también un río de agua vivifica o de vida, claro como un cristal que manaba del solio de Dios y del Cordero. En medio de la plaza de la ciudad y de la una y otra parte del río, estaba el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando cada mes su fruto. Y las hojas del árbol sanan a las gentes.

Allí no habrá jamás maldición alguna, sino que Dios y el Cordero estarán de asiento en ella, y sus siervos le servirán de continuo. Y verán su cara y tendrán el nombre de Él sobre sus frentes.

Y allí no habrá jamás noche. Ni necesitarán luz de antorcha, ni luz de sol, por cuanto el Señor Dios los alumbrará, y reinarán por los siglos de los siglos¹⁰.

10. San Juan: Apocalipsis, 21 y 22.

No es posible haya en la tierra una ciudad y unos moradores como los que aquí se describen. Es la fantasía oriental presentando un simbolismo y una alegoría del cielo y de los bienaventurados del cielo para que los cristianos primeros se formaran, en cuanto es posible, una noción del cielo que Dios nos tiene preparado. No es la realidad. La idealidad y la fantasía del hombre más creador no puede llegar a la realidad que Dios ha creado para la dicha. Se dice que es una ciudad bellísima, segurísima, pero una ciudad a semejanza de las ciudades antiguas, donde no hay miedo a la sorpresa ni al asalto. Una ciudad donde abunda todo, donde se tiene y dispone de todo, donde abundan todas las riquezas y todos los tesoros; donde reina la alegría, y la paz, y la concordia, y todo bienestar; donde no hay persona alguna sospechosa ni menos buena; donde se vive en la delicia de una primavera perpetua y florida y se goza de todos los frutos en vida de juventud y alegría.

Se describe el cielo y la felicidad como puede soñarla el hombre, con todo el ornato, con toda la belleza, con toda la abundancia en la paz y confianza ininterrumpida en un día que no tiene ocaso y está siempre iluminado por una luz que no molesta y el sol es el mismo autor de la delicia y del gozo.

63.—Pero el cielo no es una ciudad; el cielo no es obra de un hombre soñador; el cielo no está amura-

llado, ni es recinto cerrado, ni su pavimentación es de oro y piedras preciosas, ni son sus jardines como los parques de las ciudades. El cielo es obra de Dios y para mostrar su magnificencia. Nada hay en la tierra ni conoce el hombre nada en todo el universo que pueda dar idea de lo que es el cielo.

El cielo es el cielo. El cielo es sobre todo ensueño, sobre toda ilusión. El lugar que Dios tiene preparado para que sus bienaventurados sean felices y gloriosos con propiedades nuevas, con hermosuras nuevas, con delicias nuevas. Es lugar donde los bienaventurados son la gran familia de amor y de gloria que viven en el mismo Dios, y tienen cuanto quieren, y lo saben y lo conocen todo, donde se vive siempre en un cántico y en una armonía de amor, de alegría, de dicha; donde todo está a su disposición y no se necesita de inventos, porque se tiene todo y porque se sabe todo y se puede y goza todo.

El cielo es el cielo no cruzado de arroyos, ni de ríos, ni de mares, sino un lugar todo delicia, todo armonía y belleza, todo claridad y embeleso encantador, no como yo puedo soñarlo o figurármelo, sino, sobre todo ensueño e ilusión, como sólo Dios sabe y ha querido crearlo.

No es el cielo la ciudad descrita ni con murallas, ni con tráfico y ruidos y alboroto. Pero esta descripción del cielo que hace el Águila de Patmos, como ciudad celeste y tan brillante, ha influido en los escritores cristianos al presentarnos el cielo seme-

jante a una ciudad preciosísima, pero como nosotros la podemos imaginar recordando las de la tierra, con estos paisajes y riquezas terrenas.

64.—A la luz de la imagen del Evangelista, presenta también el venerable padre Nieremberg el cielo como una ciudad hermosísima, riquísima, grandísima, diciendo: «¿Cuál será la ciudad celestial de los santos, que ocupa con su grandeza todo el reino de los cielos, y más siendo toda, como la pinta la Sagrada Escritura, de oro y piedras preciosísimas, para significar las riquezas que poseerán los siervos de Cristo?... Si toda Roma fuera de zafiros, admiraría al mundo: ¿qué maravilla será aquella ciudad santa que, extendiéndose por millones de leguas, es toda margaritas y piedras preciosísimas o, por mejor decir, de más que oro y perlas, y habitada de tanta multitud de hermosísimos ciudadanos? Y así como sus habitantes son sin número, así su capacidad es sin medida»¹¹. Y da a su modo, y según los conocimientos astronómicos de entonces, un número de millones de millas que son nada con las distancias que hoy conocemos. Y el Padre José de Jesús María, describiendo la Asunción de la Virgen a los cielos, tiene presente la ciudad de la Jerusalén celestial del Apóstol San Juan y la recuerda diciendo, después de

11. V. P. J. Eusebio Nieremberg: *Diferencia entre lo temporal y Eterno* o *Crisol de Desengaños*, lib. IV, cap. II, prf. II.

hacer pasar a la Virgen ya gloriosa por los nueve cielos móviles, que todos entonces admitían: «Llegada ya la Virgen a descubrir las almenas vistosas y empinadas de la Celestial Jerusalén y la hermosura incomparable del Cielo Empíreo, morada dichosa de los bienaventurados y Corte inefable de su Rey sumo..., ¿qué entendimiento podrá alcanzar el consuelo y gozo que recibió con la vista de aquel cuerpo celeste purísimo, sutilísimo, lucidísimo y hermosísimo criado por Dios con tanta hermosura y grandeza, como por trono y alcázar real donde manifestase a sus escogidos su majestad y poderío?»¹².

Y la Iglesia canta también con esta imagen de una ciudad, en una poesía del siglo VII el himno solemne y más triunfal del Oficio Divino en la Dedicación de las Iglesias, diciendo:

«¡Oh Jerusalén, ciudad del cielo, visión dichosa de paz, que, edificada sobre piedras vivas, te elevas hasta los astros y apareces como una esposa coronada de millares y millares de ángeles!

¡Oh Esposa de feliz destino, dotada con la gloria del Padre, fecunda con la gracia del Esposo! ¡Oh Reina hermosísima desposada con Cristo Rey! ¡Oh ciudad resplandeciente del cielo! Tus puertas brillan con piedras preciosas y están abiertas para todos...

12. Fray José de Jesús María, C. D.: *Historia de la Santísima Virgen María, Nuestra Señora*, lib. V, cap. XXIII.

Este edificio está construido con piedras labradas a golpes de cincel salvador, bien trabajadas y pulidas con martillo del Artífice. Perfectamente ensambladas se elevan a lo alto»¹³.

En este canto al cielo ve mi entendimiento una ciudad amurallada como las antiguas, llena de luz, de belleza, de riqueza; veo que todo es oro purísimo y transparente y que está cuajada de piedras preciosísimas y de amenísimos jardines en variedad deslumbradora, como no hay ciudad alguna de tanta elegancia y riqueza en la tierra. Es un brillante resumen de la que describe el *Apocalipsis*. Pero no pasa de ciudad con campo hermoso y riqueza inmensa, descrita con ropaje y ornato poético y según el concepto humano. No es eso el cielo. El cielo es inmensamente sobre eso y de otro modo; el cielo es sobrenatural.

El poeta agustino Fray Marco Antonio, deseando tener la más alta inspiración al describir el cielo, dice en bellos tercetos lo que ya sabemos por San Juan: que es el cielo como palacio, como ciudad hermosísima.

¿Quién me diera el espíritu vehemente
que el cielo con Esteban vea abierto
que os cuente lo de allá y lo represente?

13. *Himno de la dedicación de la Iglesia*, autor anónimo, siglo VII.

¡Oh, quién del cielo? aunque es tan cierto,
supiese aquí deciros el decoro,
las maravillas, la orden, el concierto!:

¡La majestad del trono y el alto coro,
de la ciudad de Dios el rico asiento,
de bienes inefables el tesoro!¹⁴.

Una preciosa poesía, atribuida por algunos a San Juan de la Cruz, sigue también el símbolo o alegoría que diseñó el Evangelista, detallando muy hermosamente las riquezas, el ornato, las armonías y amenidades, pero haciendo ya resaltar y levantarse sobre todos el goce de la vista de Dios y los gozos espirituales del cielo. Ya no refleja tanto lo externo de la ciudad como la vida sobrenatural y gloriosa que el alma vive feliz, llena de alegría en la misma vida infinita de Dios y en sus perfecciones. Aunque la descripción y la influencia del Evangelista presiden la memoria del poeta éste ya desde el principio entra cantando su ilusión infinita de que

Del agua de la vida
mi alma tuvo sed insaciable;
desea la salida
del cuerpo miserable
para vivir de esta agua perdurable¹⁵.

Quisiera ya el poeta estar en la visión de Dios, y anticipadamente se goza de la vida que en Dios ten-

14. Fray Marco Antonio Campos, O.S.A.: *La Fuente*, poema.

15. Anónimo. Poesía: *Ansía el alma estar con Cristo*.

drá, porque en Dios lo tendrá todo, lo conocerá todo y lo gozará todo. ¡Canta el cielo prometido!

65.—Y yo sigo ansioso preguntándome: ¿Qué será el cielo? ¿Dónde estará? Porque no encuentro a nadie que me sepa decir con precisión, como yo deseo, lo que yo sueño, basado en la fe y en mi inclinación, que es el cielo.

Leo con placer lo que el poeta Dante escribe sobre el cielo, no tanto por la belleza de las imágenes como por la idea alta y hermosa que me da. Con inspiración genial, basado en la fe y en la teología, pasó por encima de ciudades y de edificios bellos, prescindió de plazas y calles pavimentadas de piedras preciosas, se remontó sobre riberas de ríos y floridos jardines y me presenta a los bienaventurados llenos de fulgente alegría, viviendo en la luz, gozando dicha y jubilosa alegría entre armonías de luz, cantando y comunicando su exaltación gloriosa a Dios en la suavísima luz del cielo, que es la luz que procede del Cordero y les llena de gozo. ¡El cielo es Dios, la visión gloriosa de la esencia de Dios y de sus perfecciones en la luz sobrenatural, purísima, suavísima, difundida por todo el universo, en que tienen su morada dichosa! Viven en la luz sobrenatural criada por Dios para ser cielo y gloria de los bienaventurados, envueltos en armonías de luz, llenos de todo saber y poder y saturados de las delicias del amor increado en Dios mismo. ¡El cielo

es la luz! ¡La Luz sobrenatural, morada de los bienaventurados! No la luz de gloria ni la luz del sol o de algún astro, sino la luz del cielo, creada, sobrenatural, purísima, que no puede percibir el ojo del hombre natural o sin la sobrenaturalización de las dotes de gloria.

Me dice que se le presentó un alma gloriosa en el cielo y *se la veía llena de júbilo en el claro fulgor que de ella salía*. Y los bienaventurados le comunican: *Estamos encendidos por la luz que por todo el cielo se derrama*¹⁶. Están rodeados de luz y viviendo en la luz y están dentro llenos de luz sobrenatural. La luz física, purísima, sobrenatural, distinta de la luz de las estrellas y de otra especie más perfecta, es el lugar y la morada del cielo, y de la felicidad y en la luz viven y gozan de todo, tienen todo bien y toda delicia y todo el trato y conocimiento.

Quizá no fuera de otra manera de pensar Santo Tomás, muerto pocos años antes. Porque si escribe que después de la renovación de la tierra «el agua será límpida como el cristal, el aire puro como el cielo, y el fuego brillante como los astros y el sol, y la superficie de la tierra será clara y transparente como el vidrio»¹⁷, también escribe en los años de mayor madurez y seguridad: *Ese cielo se dice Empíreo*,

16. Dante Alighieri: *La Divina Comedia*. «Paraíso», canto V, vrs. 106 y 118.

17. Santo Tomás de Aquino: *Suma Teológica*, suplm. q. 91, a. 4.

*esto es, ígneo, no por su ardor, sino por su resplandor... El cielo Empíreo tiene luz, no condensada que emita rayos como el sol, sino más sutil, o que posee claridad de la gloria, que no se parece a la claridad natural*¹⁸. Piensa, por esto, que el cielo no será la tierra, ni esta luz del sol será la luz del cielo, ni puede compararse la luz del sol con la luz del cielo.

Las almas ni ocupan lugar ni pesan, y los cuerpos gloriosos tampoco pesan, y pueden tener estabilidad y vivir y moverse en el espacio y en la luz.

De la luz del cielo, morada de los bienaventurados, pienso tratar más adelante¹⁹.

66.—El conocimiento que del cielo podemos formarnos por las visiones de las almas santas es muy impreciso. Ya indiqué que las visiones de Dios o del cielo no son ni Dios ni el cielo en su realidad, y el alma santa que ha recibido la merced de tener una visión, siendo la merced verdadera y gracia muy especial de Dios, ni ve a Dios, ni ha estado en el cielo, ni ha visto el cielo. Es una visión solamente, una gracia regalada, como un calidoscopio sobrenatural, y Dios comunica la visión según el fin que pretende para cada alma, con mayor o menor intensidad de luz y de gozo, más particular o más genérica; por eso son muy diferentes las visiones recibidas.

18. Id., id., I, q. 66, a. 3 al 3.

19. Véase el cap. XXXIV.

Predominan siempre la luz, la belleza, el regalado, el inefable deleite; todo es interior, espiritual. El alma ve o siente cuando está a oscuras, en la oración, en la noche, con los ojos cerrados, rodeada de otras personas, y lo ve ella sola. Ve belleza y luz, pero belleza intelectual y luz intelectual o imaginaria y espiritual, no la luz del sol ni luz del cielo. Y cuando nos dicen que es de otra especie y mucho más bella la luz del cielo y que esta del sol en su comparación parece fealdad²⁰, la ve el alma, el entendimiento, no los ojos. Como el alma es la que siente el gozo que irradia muchas veces en los miembros del cuerpo, como en la gloria la dicha del alma se comunicará al cuerpo glorioso.

El Beato Juan Macías ve el cielo como una ciudad según narra él mismo con mucha sencillez, cuando se le aparece San Juan Evangelista y le dice: «Yo te quiero llevar a mi tierra, y no sé qué fue..., me parece que vi y goce una hermosa ciudad con mucha luz y los ciudadanos y moradores de ella bien vestidos y adornados. Y vi a Dios con tanta y tan grande majestad, que me quisiera haber quedado allí». «Vi tantas cosas, que no se puede declarar, porque el espíritu vio la gloria del Señor»²¹. Tuvo una visión

20. Santa Teresa de Jesús: *Vida*, 27, 10. Lo mismo escriben Santa María Magdalena de Pazzis, Santa Ángela de Foligno y la hermana Margarita del Espíritu Santo.

21. Isabel Flores de Lemus: *Año Cristiano Ibero Americano*, 24 de septiembre.

encantadora de la hermosura del cielo, a modo de una ciudad nuestra y con ciudadanos, como los que él conocía, proporcionada a la sencillez y a la deficiente instrucción que como un pobre pastor tenía, pero que le determinó y alentó para ser más tarde religioso y muy santo. No estuvo en el cielo ni vio a Dios ni el cielo realmente, sino en visión imaginaria interior; no en luz y colores solares, sino en luz interior, intelectual y sobrenatural.

67.—¡Oh Dios mío, quién pudiera ver algo de la grandísima belleza del cielo y saber algo de aquella vida para decirlo a los hombres! Pero no es posible, y ya me lo enseña la fe, aunque en oscuro. Los que han tenido esa visión, como Santa Oria y otros muchos, no han sabido decir lo que vieron, y eso que no estuvieron en el cielo, sólo tuvieron visión del cielo. Y los que estuvieron, solo nos dirán, si algo dicen, lo que dijo Santo Tomás cuando se apareció a Fray Reginaldo: *Como lo oímos lo vimos*²². Como nos lo enseñó la fe es la realidad, o sea: que no se puede llegar a tener idea de lo que Dios nos tiene preparado para premio eterno ni de lo que es el cielo. Porque cuanto mi imaginación pueda fantasear, cuanto mis ojos puedan ver, cuanto mi alma pueda desear ni cuanto se pueda en la tierra conocer se parece en nada ni tiene proporción con lo que es el cielo y con

22. Salmo 47, 9.

lo que yo veré en el cielo. El cielo es el cielo, es la belleza insospechable, es la felicidad. ¡Oh cielo y oh Dios mío y cielo mío! ¡Quiero cerrar los ojos y soñar y pensar en Ti, sólo en Ti y en tu sobrenatural belleza, para vivir para Ti e ir a Ti! ¡En Ti, Dios mío, tengo mi ilusión!

Santa envidia me dan los dos niños, cuya historia parece más bien una leyenda de fantasía. Un día, después de misa, vieron al Niño Jesús sonreír en los brazos de una imagen de la Virgen. Le invitaron a desayunar con ellos. El Niño Jesús aceptó, y bajó de los brazos de su Madre y desayunó con ellos y lo repitió varios días. Los niños, en su inocencia se lo contaron al Padre Bernardo Morlaas, dominico en Santarem, pues estaban a su cuidado.

Preguntóles el Padre Bernardo si el Niño Jesús les había invitado a ellos a desayunar con Él. Los niños contestaron que no.

Y el padre les dijo:

—Cuando vuelva, tenéis que pedirle que os traiga algún regalo del cielo o que os invite también Él a desayunar en casa de su Padre, pero, yo, como estoy a vuestro cuidado, también os tengo que acompañar.

Al día siguiente volvió Jesús a aceptar la invitación de los niños ya desayunar en su compañía. Los niños le dijeron que el Padre Bernardo les había dicho si no les daba algún regalo del cielo o les in-

vitaba a desayunar con Él en su casa, acompañados del Padre.

Jesús les dijo:

—De aquí a tres días quedáis invitados a desayunar en casa de mi Padre, y también el Padre Bernardo.

Se prepararon esos tres días, y el siguiente, que era la Ascensión, Jesús se los llevó después de la misa a desayunar con Él al cielo, como se lo había anunciado y ellos a sus padres. Se los llevó al cielo, y allí quedaron felices para siempre, sin venir a decirnos qué vieron en el cielo o cómo era²³.

23. Isabel Flores de Lemus: *Año Cristiano Ibero Americano*, 8 de mayo.